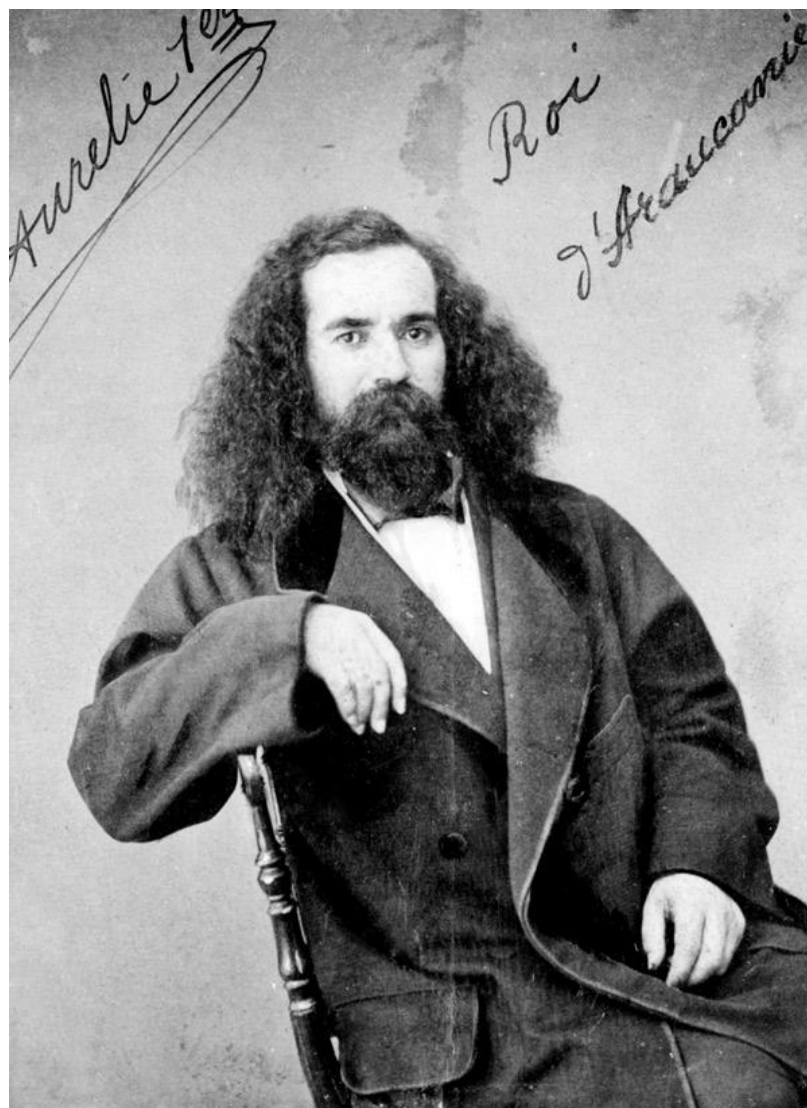




Los fantasmas de un Rey y otros delirios

Álvaro Cuadra

e-Book

Índice*

- Los fantasmas de un Rey
- El último adiós de un tal Leonidas
- Los ausentes
- Una sombra parada en la esquina
- Como en el teatro
- Blanco y negro
- Usted
- Perseguido por Piazzolla
- El ascensor
- Buenos días, señor K
- Make Up

* Manuscrito inédito
Comentarios a: wynnkott@gmail.com
Es propiedad intelectual n°: 114.238
Santiago de Chile. Año 2009

El Rey y sus fantasmas

La historia de nuestra América Latina posee una arista novelesca que funde historia y ficción. Este límite difuso instala, de suyo, una inquietante sospecha que sólo la obstinada incuria de los estudiosos ha querido soslayar, pensar nuestra historia como literatura fantástica. Desde ya nuestro nombre, equívoca denominación que inventaron los franceses para verse incluidos en este collage Indo-Afro- Hipano- Americano, al decir de Carlos Fuentes. Esta dimensión de nuestra historia con rasgos de ficción explica, en parte, el hecho singular que, en nuestras tierras haya prosperado más la novela que la filosofía.

Entre los episodios cuasi literarios más notables destaca la instauración de una Monarquía en el Cono Sur de América. Este capítulo ocupa escasas páginas en la historia consagrada del país y, salvo dos o tres libros, ha sido poco tratado en Chile. Destaquemos la novela de Víctor Domingo Silva titulada *"El Rey de la Araucanía"*, un ensayo de Armando Braun Menéndez, *"El Reino de Araucanía y Patagonia"* y una novela reciente de Pedro Staiger, *"La Corona de Araucanía"*. A esta tríada de prosistas habría que agregar una obra apócrifa muy poco conocida que lleva por título *"Los fantasmas de un Rey"*.

Esta novela parece haber sido escrita entre los años 1967 hasta 1973, pues los manuscritos que hemos tenido a la vista, unas mil carillas garabateadas en tinta verde, consignan notas al margen que, en algunos casos, están datadas entre el 3 de julio de 1967 y el 8 de octubre de 1973. El legajo con las páginas que componen la novela fueron descubiertos en 1994 por un campesino de Tomé (Chile) en el fondo de un gallinero, quien los tuvo en su poder por varios años. Sólo la visita casual de una editora durante su veraneo, la puso en contacto con estos papeles extraviados, quien al hojearlos tuvo el entusiasmo y el buen tino de trabajar en ellos y preparar su publicación. Demás está decir que se trata de Silvia Trépat de la Editorial Puntos Cardinales, quien acaba de publicar la novela en un hermoso volumen de ochocientas treinta páginas que incluye una serie de notas explicativas. Si bien la editora adscribe a la tesis del distinguido crítico Eduardo Rodríguez Plaza, quien sostiene que la nota 334 con las letras al pie J.M.H, remiten a Juan Moyano Hernández, un profesor básico que vivió en la zona en aquella época y que desapareció hacia fines de 1973, debemos aclarar que tal atribución de autoría resulta, por lo menos, endeble y precaria.

Para leer esta novela, nos hemos valido de los originales, tratando de desentrañar de este verdadero *Log-Book*, las claves genéticas de una escritura tan rica como equívoca. El espacio geográfico donde se desarrolla esta historia se encuentra delimitado por el río Bío - Bío como límite norte y el Calle - Calle como límite sur, el macizo andino al este y el Océano Pacífico al oeste. Su protagonista, Antoine Orllie de Tounens nace en La Chaise, distrito de Périgueux en la Dordoña un día de mayo de 1825. Su vida transcurrió en Périgueux, donde llegó a ser procurador ante el tribunal de primera instancia.

A los treinta y tres años, en agosto de 1858, Monsieur de Tounens desembarca en Coquimbo con una idea que hoy no dudáramos en calificar de “políticamente incorrecta”. Se trataba, ni más ni menos, de “Reunir las república hispanoamericanas bajo el nombre de una confederación monárquica constitucional dividida en diecisiete estados”.

Hacia 1860, se interna desde Valdivia hacia “la tierra”, extenso territorio de tupida vegetación, la Araucanía. Acompañado de dos compatriotas, Lachaise y Desfontaines, futuros ministros de Relaciones Exteriores y Justicia, respectivamente. Cuentan las crónicas que fue bien recibido por el cacique Quilapán, hijo del toqui Mañil, un bravo cacique que hizo jurar a su hijo jamás ceder ante el invasor. Lo cierto es que ya el 17 de noviembre de 1860, a sus treinta y cinco años, Antoine de Tounens firma su primer Decreto, ratificado por su ministro de Justicia Monsieur Desfontaines, en que se lee: “Una monarquía constitucional y hereditaria se funda en Araucanía: el Príncipe Orllie- Antoine de Tounens es designado Rey”.

Un hecho político tan relevante no podía quedar en el silencio, fue así que en sendas cartas a *El Mercurio de Valparaíso* y *El Ferrocarril* se da a conocer la buena nueva. En el plano diplomático, tuvo el tacto de dirigirse a su Excelencia el Presidente de la República de Chile, don Manuel Montt y a quien ocupaba a la sazón la cartera de la Cancillería, don Antonio Varas: “Nos Orllie –Antoine 1er, por la gracia de Dios, Rey de la Araucanía, nos hacemos un honor de imponeros de nuestro advenimiento al trono que acabamos de fundar en Araucanía. ¡Pedimos a Dios, Excelencia, que os tenga en su santa y digna guarda!”

Si bien Orllie- Antoine 1er pudo reivindicar su Reino sin grandes contratiempos entre los caciques e incluso entre los chilenos en Valparaíso, lo cierto es que también supo de traiciones. El Judas se llamaba Rosales, un inescrupuloso escudero que lo vendió por la recompensa de cincuenta pesos fuertes. La emboscada se preparó a orillas del río Malleco, en un lugar llamado Los Perales. Ya en la cárcel de Los Ángeles, el prisionero monarca mantiene una áspera entrevista con el coronel Cornelio Saavedra, escribe su testamento que inicia de este modo: “Considerando que, en previsión de nuestro fallecimiento, debemos determinar desde ya los derechos a nuestra

sucesión; y en tal virtud instituimos como nuestros sucesores a la corona de Araucanía y Patagonia a Juan Tounens, nuestro padre bien amado...”.

En julio de ese mismo año, y tras la intervención diplomática del Encargado de Negocios de Francia el vizconde Cazotte, se consigue que Orllie-Antoine 1er sea declarado loco y se recomiende su reclusión en una casa de orates. Hagamos notar que, el autor de la novela consigna en la nota 248, al margen: *“... se trata más bien de un “arreglo diplomático” que no debemos tomar muy en serio, pues si el monarca francés mereciera estar recluido en un nosocomio, es de toda justicia reconocer que debiesen acompañarlo en tan funesto destino la mayoría de los próceres de América, desde los caudillos de la Independencia hasta los más ilustres “revolucionarios” del siglo XX”*.

Finalmente, se consigue librarlo de tan indigno final y será repatriado a Brest el 28 de octubre de 1862, fecha que marca el ocaso de la dinastía orélida. Consignemos que el reinado de Orllie- Antoine 1er, si bien breve, fue fecundo en documentos: cartas oficiales, decretos y una Carta Constitucional. Esto sin mencionar la Bandera, el Escudo, un Himno Patrio y algunas monedas de colección acuñadas en su Reino.

A diferencia de otras novelas que se han inspirado en el mismo motivo, nuestro autor enriquece su punto de vista mediante la incorporación de las notas al margen que, felizmente, los editores han decidido conservar. Este espacio metatextual da buena cuenta de algo que ha sido tenido como “defecto” en la narrativa hispanoamericana, a saber: la tendencia al ensayismo. He aquí algunas notas que bien merecen una reflexión (hemos optado por seguir la numeración propuesta por la editora)

Nota 348 : *“América Latina ha sido desde siempre terreno propicio para que se confronten los sueños más afiebrados y extravagantes con la rústica realidad histórica. Tal como nos enseña Carpentier en “El Siglo de las Luces”, muchas veces hemos querido poner escarapelas revolucionarias a masas que apenas conocen taparrabos. Lo singular de Orllie-Antoine no radica tanto en su singular sueño de unir a las tribus de Araucanía y Patagonia sino en haber concebido que tal empresa fuese posible en virtud de la palabra”*

Nota 615: *“ Acaso, el Rey de Araucanía no hace sino mostrarnos nuestros propios delirios ya bicentenarios: Haber pretendido construir la modernidad y la civilización en virtud de la palabra, haber construido una Ciudad Letrada en que el absoluto metafísico se conjuga con el absoluto del signo. Aquella retórica grandilocuente de todas las constituciones de América, esconde su secreta tragedia: la disglósia que delata el divorcio entre la palabra y la historia”*.

Nota 616: *“La disglosia de América Latina consiste en no haber conciliado la estatura de los sueños con el agreste paisaje histórico que impone sus tiempos, sus ritmos. Cuando en nuestra América se nos ha regalado algún sueño que señale un nuevo horizonte, se abre el abismo inconmensurable de la locura y la muerte. Sea bajo la forma de una revolución frustrada a sangre y fuego, sea bajo la forma de una revolución triunfante, convertida en mero simulacro. El trágico decurso histórico que se ha escenificado en todas las naciones latinoamericanas a través de sus dos siglos de vida independiente. Orllie – Antoine 1er, no ha hecho sino repetir el gesto de crear un reino con pluma y tinta en legajos de papel, inventando un continente. Tal ha sido la apuesta histórica en este rincón del mundo”.*

Nota 618: *“Quizás sea ese el sentido último de una réplica ampliada de una moneda del “Royaume d’Araucanie et Patagonie” que adorna un edificio bancario a pasos del Palacio de Gobierno de Chile, hasta nuestros días. La temeraria apuesta de Orllie- Antoine 1 er, un monarca vestido de locura que ha lanzado una moneda al aire en el sur de América, sin que podamos todavía adivinar si será cara o sello”*

Junto a este cúmulo de notas que van contrastando los diversos avatares de este singular Rey de la Araucanía, nuestro autor agrega dos páginas en tinta negra, lo cual sugiere que fueron escritas en otro momento y cabe sospechar incluso que se trata de un comentario del todo ajeno a la novela como sostiene Rodríguez Plaza. Contra dicha opinión, creemos advertir en tales páginas anexas una suerte de oscura conclusión o epílogo de la novela. En efecto, se trataría de un excursus que esclarecería una cierta noción de *lo histórico* como *simulacrum*. En este sentido, se podría establecer un parentesco con aquella idea borgeana de la historia humana como pura significación, o si se quiere, como literatura fantástica.

Epílogo:

“ Cada vez que se escenifica un film bélico en algún remoto lugar, vuelven a irrumpir las banderas, los uniformes y símbolos que decoraron tal o cual episodio. Claro, con la salvedad de que en este presente no son sino mero ambiente de época, decorado y vestuario. Sea que se trata de Troya o la recreación del Día D, de la Revolución Rusa o de la Guerra de Vietnam, la verdad es que los signos de otrora que cristalizaron la pasión de multitudes se convierten en puros significantes, formas inanes que sirven de huellas históricas. Nuestra época moderna se ha dado a la tarea de resucitar algunos episodios de la violencia humana. Esta vez, por cierto, se trata de una mirada aséptica, exenta de los contenidos que justificaron los signos que ornamentan la época aludida. Así, una bandera

nacionalsocialista que flamea en el cuartel de la Gestapo, en algún pueblito francés sólo nos indica que estamos entre 1940 y 1944, y lo mismo ocurre si vemos un vehículo que porta la bandera roja y el CCCP de la Unión Soviética.”

“Esta posibilidad de asistir al despliegue simbólico de un cierto periodo histórico desde el distanciamiento de la mirada, desde el efecto estético de época, instala el vértigo y el abismo. En efecto, pareciera que existe aquel lugar, aquella distancia, que permite una mirada desprovista de creencias y pasiones para examinar el presente. De algún modo, podríamos practicar una mirada oblicua de cualquier presente en cuanto despliegue de fútiles signos vacíos. Esta mirada fría, si se quiere, nos permite aproximarnos a la historia como exhibicionismo y representación. Esta suerte de mirada inmune nos conduce al escepticismo, al desfondamiento de los guiones políticos o históricos de época. La televisión despliega, precisamente, una representación audiovisual del presente, lo hace en tiempo real, pero como una mise-en-scène. De este modo, como fríos y distantes testigos, las bombas estallan en nuestro dormitorio y las pilas de cadáveres se amontonan en el living de nuestro hogar, sin saber a ciencia cierta si provienen del último reportaje de la BBC en el Medio Oriente o de la última película de algún musculoso héroe de Hollywood.”

Nuestra novela resulta ser una mirada tan conmovedora como desencantada de la historia de América Latina, ya no concebida desde la racionalidad eurocéntrica sino desde el delirio cristalizado en los signos. “Los fantasmas de un Rey”, resume dos siglos de una historia sin más espesor que la fábula que quiere representarla. Una novela cuya escritura remite a fantasmas, relatos que se configuran en un mero juego de espejos y espejismos, el espacio vacío en que el autor y la novela misma quedan abolidos en la bruma del otrora.

El último adiós de un tal Leonidas

Al retirar el cadáver los bomberos intentaron esconder ese clavo tieso que acusaba al difunto; fue inútil. Hubo que vestirlo lo más rápido posible con un terno azul a rayas, muy de buen tono, que trajeron desde su casa y dejar el marrueco abierto ante la imposibilidad de domeñar ese garrote yerto e insolente, acerado por el *rigor mortis*. Fue Marisol, la chiquilla de la tienda, la que se opuso con un chillido de espanto a los proyectos de utilizar un hacha para salvar el obstáculo evidente que significaba meterlo en un cajón. Tampoco prosperó la idea de ponerlo boca abajo, posición indecorosa para un hombre de tan alto rango y condición social. Fue así que Marisol vistió por derecho propio, lo mejor que pudo, al muerto.

Era hombre de Estado eminente, lleno de tacto, un diplomático... Y de carácter suave. Vivía constantemente preocupado de sus deberes cívicos. Recuerdo que hallándose de jefe de Gabinete, me mando llamar una vez, diciéndome: “- Mira ‘cadete’ parece que hay dificultades en la primera Compañía de Bomberos; busca manera de arreglarlas; recuérdales a los amigos que no es posible menoscabar su prestigio tan bien ganado”. Se acordaba del Cuerpo en los momentos más difíciles para el Ministerio. El finado don Leonidas tenía sus cosas; según las malas lenguas, doña Benigna no tenía idea del maridito que la acompañaba. Mientras ella se encomendaba a todos los santos y guardaba los viernes de Cuaresma, poseída de arranques de misticismo; él, bombero ejemplar, partía a la tienda de la Plaza a esperar, muy discretamente, a Marisol: veinte añera de piernas redondeadas, rostro soleado y ojos verdes. El asunto tenía ya un par de años, muchos lo sabían, pero a nadie se le hubiese ocurrido comentarlo en público. Más alegre y con las canas disimuladas bajo el sombrero, paseaba su robusta figura por las calles más elegantes de la ciudad, como si nada, este pro hombre de la vida nacional.

Todo habría seguido así, de no suceder lo que, tarde o temprano, tenía que suceder. Parece que tanta agitación trajo el asuntito a la vida de don Leonidas que su ajetreado cuerpo se resintió; frizando ya los sesenta y tantos, la chiquilla lo mandó a la tumba. Como de costumbre, se habían encontrado en un rincón de la Plaza, luego fueron a tomar un par de tragos a un lugarcillo agradable y de allí, los tortolitos se instalaron en un secreto nidito

que el alquilaba justo frente a la Bomba. Cerca de la medianoche, Marisol salió semidesnuda pidiendo socorro a los bomberos; éstos, atónitos ante el espectáculo, corrieron como locos hacia el tercer piso, pero ya era tarde. Don Leonidas había muerto abrazado, tal y como dios lo echó al mundo, al cuerpo joven que lo despidió entre caricias al más allá. Una sonrisa extasiada y un mástil de barco pirata que se hunde, era su último testimonio en este mundo. Don Leonidas había muerto como había vivido, cautivo de sus placeres, veterano y vesánico bombero.

Al enterarse de la tragedia, doña Benigna ordenó traer el cuerpo a casa, mientras se preparaba el velatorio en la iglesia. Y todas las mujeres se precipitaron de golpe, atropellándose, a las habitaciones del difunto, abriendo la puerta de par en par. Entre gritos, cuchicheos, histerismos, violento abrir y cerrarse de puertas, carreras de sirvientes, llantos, toses y catarrros, oíase monótona la voz del presbítero Correa entonando en alta voz, breviario en mano, las preces de los muertos. Era explosión violenta, distensión general de nervios, amarga voluptuosidad de lágrimas y de gritos en las mujeres; anhelo de concluir de una vez con una situación desesperante. En ese instante se oyó el repiqueteo de la campanilla del teléfono:

- *Aló...Aló...¿con quién hablo?*

Era José, el sirviente de mesa, que comunicaba a los diarios de la mañana la muerte de don Leonidas. El comisario, que también había sido bombero antes de ser carabinero, conservaba esa lealtad íntima hacia la cofradía; así fue que preparó acuciosamente el parte: el occiso había fallecido de un ataque cardíaco mientras jugaba una partida de póker con sus camaradas. Miró el papel y le puso su firma y un timbre, le pareció escueto y digno. Todos los bomberos sintieron esa sensación de bienestar que sobreviene cuando se ha cumplido cabalmente con un supremo deber. El cuerpo fue trasladado a la iglesia y por las influencias de doña Benigna, lo instalaron frente al altar mayor. Tal fue el sigilo que rodeó cada maniobra de la operación que Marisol se dio el lujo de asistir a la Misa de Difuntos y llevar un ramo de rosas rojas como muestra de su inconfesable pasión por el extinto. A nadie le pareció extraño que ella estuviese allí, acompañada de un noble bombero, y que compartiera, desde el anonimato, el dolor y la tristeza de la viuda que detrás de su velo negro ni supo quien le daba el pésame.

Jamás se había visto entierro más concurrido en Santiago. La iglesia de Santo Domingo estaba de "bote en bote", no había dónde meter un alfiler. La orquesta era magnífica; Paoli, el tenor de la ópera, había cantado el Miserere. Allí estaba todo Santiago. Enumeró, una por una, las personas de ella conocidas. Sus amigas agregaron, cada cual, un nombre, sin olvidarse de sus "pololos" y de sus amigas. Fulana de tal no estaba en la iglesia, Mengana tampoco;

las niñas tenían cuidado de subrayar ciertas ausencias. “¡ Y qué de coches, hijita..., aquello no se acababa nunca!”. Eran cuerdas de cuerdas. Había más que en el entierro del presidente Errázuriz. Don Leonidas, en la soledad de obligado primer actor, tenía todavía un último acto. Sabiendo quizás que sus dos mujeres estaban allí rezando por su alma, justo cuando el sacerdote hubo leído los salmos de rigor y se aprestaba a arrodillarse, abrió la tapa del cajón tirando violentamente las flores y coronas al suelo. Ante la estupefacción de la guardia de honor y la mirada pasmada de una de las beatas de primera fila, don Leonidas echó afuera ese pedazo de sí que desafiaba la muerte. Los bomberos, al percatarse de lo que acontecía y ante la tenaz resistencia que se oponía a la tapa del ataúd, optaron por camuflar ese tentáculo amoratado con las flores y las coronas. Mientras tanto, algunas señoras reanimaban a una distinguida dama que se había desmayado balbuceando algo de “*la cosa*”, que el finado había sacado “*la cosa*”. Felizmente, nadie le dio mucha importancia al suceso ni a las alucinaciones de la beata.

El cajón fue trasladado al camposanto al compás fúnebre de la desafinada banda del Cuerpo de Bomberos y don Leonidas, mirando al cielo con una sonrisa angelical y el asta engalanada para tan solemne ocasión. Lo que a ella le había parecido imponente y grandioso, en la ceremonia, había sido el momento en que sacaron el ataúd del templo, rodeándolo con los estandartes del Cuerpo de Bomberos, del cual había sido superintendente. La conversación tomaba otro giro. Laura Oyanguren, con la autoridad de ser una de las mejor vestidas en Santiago, se puso a disertar sobre el luto de moda y describió, muy por menudo, el traje recibido muy recientemente de París por una prima suya, sin perdonar el “velillo punteado de felpilla sobre tul” del sombrero, ni los “entredoses” de imitación malla del vestido. A las muchachas se les venía el agua a la boca con las descripciones de los trajes.

La fosa había resultado demasiado pequeña para contener el cajón y su inusual periscopio, de tal manera que a las paladas previstas hubo que agregar diez más. Por fin, se cubrió todo con flores y todos felices. Nadie se extrañó del singular montículo sobre la tumba, tampoco el señor cura que terminó desparramando agua bendita por todos los rincones del lugar.

- Hijita..., no puedes figurarte cuán sinceramente los de casa te han acompañado en tu pena. Mi madre me encarga te diga que te lleva en el corazón... Debemos compadecernos de los que se quedan...no de los que se van.

Los ausentes

*Sólo una cosa no hay. Es el olvido.
"Everness" J.L. Borges*

Uno a uno comenzaron a desaparecer. Al principio nadie le dio importancia, nadie reparó en ello; acaso porque no lo advertían. Tan fuerte es la fuerza de la costumbre; tan acostumbrados estábamos. Vivíamos con la ilusión de pisar suelo seguro y dábamos tantas cosas por descontado; pensábamos que aquella esquina había estado allí desde siempre, allí el viejo árbol, allí desde siempre el grifo herrumbrado y ese farol entumecido.

No lo adiviné ese día ni al siguiente. Me senté como de costumbre frente a la ventana y pedí, con el automatismo de los rituales, mi café: muy amargo y sin azúcar. Enseguida vendría el cigarrillo e ineluctablemente las volutas de humo dibujarían el rostro de María Luisa...sutil luz azul que se colaba como la luz de plenilunio por una rendija. Allí estaba la señora con su perrita blanca, tratando de hacerla beber leche en un platillo de plástico que había traído en la cartera. Más allá un viejo envuelto en una acritud perenne, leyendo el diario a todo lo ancho, con su cabeza calva y el rostro impasible del jubilado. No necesitaba volverme para saber que a mis espaldas estaban sentados los dos tipos risueños bebiendo cerveza y comiendo algo; se trataba de un par de mecánicos o algo así, metidos en sus overoles que detrás de la grasa habían sido azules. En una mesita instalada a un costado de la puerta principal, dos jóvenes con cara de universitarios y un montón de libros sobre la mesa; ella algo más joven; él serio detrás de su barba y sus anteojos gruesos.

Nos habíamos acostumbrado, cada cual tenía su lugar y a nadie se le hubiese ocurrido transgredir ese acuerdo tácito, una especie de secreto pacto; algo que se admitía de buen grado sin haberlo discutido nunca; era casi una cuestión de urbanidad. Si algún extraño irrumpía en el local a la hora en que nos reuníamos a tomar el café de la tarde...todos nos mirábamos consternados. Claro, nadie decía nada; ni don Nico que era el dueño y mucho menos la señorita Nancy que era la encargada de navegar en este archipiélago de mesas. Solamente nos mirábamos, interrumpiendo nuestros mundos privados, y no necesitábamos de nada más. Era una especie de sacrilegio que nos llenaba de inquietud y molestia; un temor muy

tenue llenaba la atmósfera en tales momentos. No sé si los advenedizos se daban cuenta de ese rechazo solapado que encerraban nuestras miradas: lo cierto es que rara vez volvían a la misma hora. Estaba bien que se acercaran al mesón a tomar cerveza o que pidieran un paquete de cigarrillos en la caja; pero atreverse a entrar en nuestro discreto comedor era una profanación inadmisible. Nancy era la única que podía transitar libremente por estos dos mundos; con su traje púrpura, y sus piernas gordas y rectas, llevaba y traía bandejas, acercándose a cada isla de cuando en cuando, conociendo de memoria los gustos de cada cual.

Don Nicolás aceptaba esta especie de juego con la silenciosa complicidad del que sabe. Sin preguntar nada, ordenaba las mesas según debía ser. Y cada tarde el rito del café: el jubilado, la señora, los risueños y la pareja de universitarios nos reuníamos allí sin una razón aparente, sin un por qué... Estábamos en el lugar exacto donde teníamos que estar; en el comedor de mesas rojas adornadas con velitas, desde donde podíamos leer en sentido inverso el aviso de la ventana: *Café Don Nico*

Afuera, el tiempo corría como siempre; se colaba con el viento de la tarde hasta el mesón; pero no llegaba hasta aquí. Así fuese una soleada tarde, la penumbra nos acompañaba inevitable, la luz quieta de las velitas, envolviéndolo todo de una cálida ternura, aboliendo relojes y brújulas. Aquí un gato bostezaba con aristocrático desdén por aquellas siluetas que pasaban rápidas al otro lado del cristal; a esta orilla no llegaban los miedos y voces de la calle.

El primero fue uno de los estudiantes. Ella se sentaba ahora muy sola, tratando de distraerse con alguna sosa lectura o mirando por la ventana cómo desfilaban los automóviles. De algún modo, todos sentíamos la ausencia del muchacho como una falta para todos, sin decírselo nunca, todos nos sentíamos un poquito más solos. Seguro que cada cual tenía su idea; la mía era que él se había alejado porque había encontrado otra silla, en otro café, con quien compartir. Tal era mi creencia hasta que una tarde, el rostro casi irreconocible del joven apareció en la prensa... Mi inquietud era compartida por el resto; cada vez que sonaba la campanilla de la puerta anunciando a algún visitante, todos nos volvíamos hacia esa sombra, con la mirada anhelante. Luego, ella volvía a sumirse en su tristeza infinita, que no alcanzaba a disimular detrás de sus anteojos. Esa silla desocupada era un forado, una lacerante oquedad de la que nadie podía sustraerse. A medida que se acumulaban las tardes, la sensación se hacía más fuerte entre nosotros. Bastó que un buen día llegara un extraño a sentarse entre nosotros, para que esa secreta comunicación se rompiera. La única que siguió como si nada fue la dama del perrito que insistía en darle leche en un platillo y el animal metiendo sus patas, desparramando el líquido a cada intento.

La vimos llorar. No era necesario nada más para entender que él ya nunca regresaría; ese día no fue café... don Nicolás le sirvió un trago de cognac o algo así. Sacó una fotografía de su cartera y un trozo de papel, una vieja carta con un par de versos. La muchacha secó sus lágrimas y salió muy silenciosa, algo pálida y despeinada; la volvimos a ver, pero ya nunca fue lo mismo. El extraño tomaba su cerveza, imperturbable, recorriendo el lugar desde sus ojos oscuros y silenciosos. Ya en el invierno, la muchacha no vino más; la señora del perro le comentó a don Nico que alguien le confindenció que la niña se había marchado a un país remoto y frío.

El jubilado volvió a su página favorita y su aromática pipa; los risueños a su botella de cerveza y a sus cuchicheos seguidos de risotadas. Yo volví a no preocuparme mayormente de nada; un café es un café, y mi trabajo en la oficina ya era bastante. Don Nico, seguía con sus bigotes enormes y encorvados, escupiendo palabrotas o retando a los empleados del mesón...todo tenía que seguir, más allá de una silla vacía que ahora era ocupada cada tarde por una pareja de niñas muy bien maquilladas. El extraño seguía viniendo cada tarde.

Fue hacia los primeros días de primavera, lo recuerdo porque comenzaban mis alergias. Fue una lluviosa tarde, también lo recuerdo porque me sacaba el impermeable húmedo, mientras el aire tibio y el olor a café y tabaco comenzaban a deleitarme cuando creí ver un par de siluetas familiares hacia el rincón. Las niñitas maquilladas se habían instalado ahora cerca de la ventana, conversando como cotorras. Sí, habría jurado que un estudiante de barba y una muchacha de anteojos se amaban, jugueteando con sus dedos, prometiéndose la eternidad de un encuentro. El susurro de sus voces, el sonido musical de sus risas juveniles; todo me era absolutamente familiar. Sin mirarnos, el jubilado, los risueños y las señoras del perrito, respirábamos una atmósfera de alegre comunión, de paz reencontrada; hasta Nancy parecía más contenta aquella tarde. No quise mirar ese rinconcito, aunque sabía que desde allí se irradiaba la tibieza, las sonrisas. Mirar aquella escena de enamorados hubiese sido un voyerismo malsano, censurable. Me bastaba la presciencia, el saber que sí, que todo estaba bien. Entonces, la noche fría y las gotas golpeando el vidrio, estaban del otro lado; de este lado, una pareja de amantes se reflejaba en la penumbra.

La puerta se abrió violentamente, una ráfaga de viento frío invadió nuestro café; primero el mesón, luego las mesitas que quedaron a oscuras. Don Nico corrió a cerrar la puerta y a encender los tubos fluorescentes. La luz blanca opacó los colores; era el extraño que había llegado a sentarse en el rincón vacío, naturalmente. Como cada tarde, pidió su cerveza y escudriñó el lugar con sus ojos pardos, mientras encendía un cigarrillo. Nancy iba paciente de mesa en mesa con los fósforos, encendiendo las velas

rojas en cada mesa. Cuando llegó a la mía, le hice un gesto con la mano, y le dije : “no la encienda, ya me retiro”. Pareció no escucharme, y encendió la vela de mi mesa. Cruzamos una mirada cómplice y una discreta sonrisa.

Salí a la noche, levanté el cuello del impermeable y miré las nubes amenazantes en el cielo. Debe ser que me estoy poniendo más viejo y un poquito sentimental; sabía que mañana debía volver a mi viejo ritual; un café amargo con poca azúcar.

Una sombra parada en la esquina

Una calle. Caminaba por la calle de Los Tilos, cuando en la esquina de los Grünwald – Díaz pude observar la silueta de una niña, algo flaca y de sonrisa amplia. Sombra en la sombra, una sonrisa; no alcancé siquiera a acercarme y ya ella se había escapado entre la bruma y un presentimiento. Se trataba de una recién llegada donde los Grünwald – Díaz...en ese momento no le di mucha importancia, pero la idea, la idea y ese presentimiento se me quedaron dando vueltas en la cabeza.

Sacando malezas, arreglando flores, un tipo de trabajo en el que nadie repara y que, sin embargo, reporta gratificaciones insospechadas... ver crecer las flores, arrancar la mala hierba y asperjar el prado, cosas sutiles que lo ponen a uno en contacto con la naturaleza, cosas que tranquilizan el espíritu. Trabajo en silencio y la verdad es que nunca hay mucha bulla, los pájaros, uno que otro automóvil a la distancia, todo.

Hoy reparo lo de la familia Retig, gente importante, gente de mucha plata y muy fijada en todo: yo nunca he tenido problemas con ellos, me preocupo de cada detalle, pintura, jardines...de todo. En general se podría decir que soy un buen funcionario, aunque a veces, debo reconocerlo, me tomo un trago por ahí, eso no quiere decir...

Estaba seguro, esta vez estaba seguro; fue frente a los Grünwald –Díaz que vi recortándose una silueta, una niña; es más, me pareció ver su rostro y le lancé un grito, sólo me miró y corrió hacia los árboles. Yo guardaba la pala y otras herramientas cerca de allí; era ella, la del otro día. Que ni se enterara la familia Retig de mis andanzas donde los Grünwald. Nunca supe por qué, pero, desde siempre, existían rivalidades entre ellos. Que quién tenía el jardín más bonito, que quién lo tenía mejor pintado, todo era así a este otro lado...creo que lo dije, son gente importante...claro, más allá es distinto, todos amontonados, revueltos, es como si la promiscuidad los hiciera más humanos. El primer Grünwald era hijo de un alemán que arribó el primer año de este siglo y que se dedicó a fabricar jabones; así se casó con una Díaz, los que tenían aserraderos cerca de Temuco; muy pronto *Grünwald – Díaz y Cía* se vio con oficinas en el centro y todo. De generación en generación la fortuna familiar se ha ido acrecentando. Llegaron a este sector en 1924, cuando yo

apenas era un niño que le ayudaba a mi abuelo con los claveles y las rosas. Desde muy pequeño les he servido, y la verdad sea dicha, han sido muy buenos patrones...¡ lo que no quiere decir que los Retig sean peores!, bueno...es feo que lo diga, pero qué otra cosa nos queda a los pobres sino tratar llevarle el amén a todo el mundo. Los Retig no son mala gente, pero sí son muy exigentes, todo debe estar muy bien hecho, nada a medias, nada barato, todo de primera calidad.

La niña ésta, salía por las tardes. Siempre la veía paseando por las calles cercanas a la esquina de los Grünwald, siempre lo mismo...como una furtiva sombra se desvanecía entre el frío, el silencio, la noche. Era la menor de las hijas del viejo Grünwald, llegó apenas hace algunas semanas, así me dijo el jardinero, un viejo amigo. Igual que yo, conoce de memoria cada rincón, las calles y avenidas de esta ciudad, los nombres de cada familia ilustre; cada lugar era un destino al que hubiese llegado con los ojos cerrados; era algo que había aprendido a través de toda su vida. A veces, los días tranquilos, me permitía incluso silbar mis viejas canciones y mirar el cielo por entre el follaje meciéndose al atardecer. Luego ella, sonrisa amplia, flaca y con cara de caballo; aún así era lo que se llama una niña agraciada. Recorro las calles de un laberinto simétrico; casi perfecto...mundo silencioso que se torna abruptamente en estallido de troncos y hojas justo allí...un árbol y una sombra parada en la esquina.

Cuando se ha entrado de lleno a la geometría, entonces ya da lo mismo Grünwald o Retig; claro, mis patrones no pueden siquiera imaginarlo, no lo saben. Pero aquí, decir Retig o Grünwald da igual en este marmóreo silencio... Es uno, masa tibia de intestinos y pálpitos el que cree, finalmente, que Grünwald quiere decir algo después de todo.

La cara de caballo no me quiere hablar, tan fijada como el resto de su familia, no acostumbran hablarle a los peones...no tienen tiempo para fijarse en tan poca cosa. Recordando, me doy cuenta que no me han hablado en los sesenta años que llevo aquí, no se han dignado ni a regalarme una mirada, sombras, pintura y jardín. Apenas una dádiva de cuando en cuando, cuando llega uno más de la familia y hay que instalarlo...luego el olvido.

Calles vacías, silencio. Lugares etéreos distribuidos en una perfecta simetría... atrás una sombra mirando con desdén a los Retig, éstos no se dan por aludidos y parecen decirle que su reja es de de *fer forgé* traído de París. Debo dormir porque mañana, según me dijo el viejo jardinero, llegarán visitas donde los Retig y tendré que estar listo para recibir un par de monedas.

Jardines con flores, murallas pulidas, rejas pintadas. Todo en orden, silencioso orden, porque hoy habrá una nueva placa que pulir

en la sepultura de la familia Retig...orden, silencio, geometría...ciudad de muertos.

Como en el teatro

*I hold the world but as the world, Gratiano,
A stage, where every man must play a part*

Shakespeare

Me deje llevar por la promesa de un título sugestivo...*A rose is a rose*. Por eso y por el desgano de una tarde más, vivida como una pesada carga. Entré a la sala y me senté lo más alejado que pude de los otros espectadores...en vano, no acababa de acomodarme cuando un *crunch* venido de la glotona boca de alguien hizo rechinar mis dientes. Instantes después un murmullo pesado una risita aguda me indicó que una pareja de enamorados ocupaba la fila anterior a la mía. Por último, una solterona de moño muy fea, sacaba sus palillos y una madeja de lana celeste al extremo de mi fila de butacas. Suspiré, traté de relajarme mientras esperaba.

La luz fue extinguiéndose poco a poco; todo se fue destiñendo y la espesa oscuridad fue anegando la sala, anulando perfiles y siluetas, aboliendo imágenes en una sola negrura. Algunas toses dispersas me recordaban dónde estaba. Las toses se hacían más frecuentes a medida que la dilación entre la luz y el primer acto se prolongaba, devorándolo todo. Preferí pensar en aquello que habría de surgir de las tinieblas de un momento a otro; escenario, actores y decorado, en fin...pero aunque me esforzaba en negarlo, la luz se resistía, sumiéndolo todo en un ciego desconcierto. El glotón masca caramelos, la pareja debía profitar de la ocasión, compartiendo cómplices caricias para dibujar al otro...la solterona, como araña agazapada, teje y teje en su rincón. Me negaba a aceptar que en un teatro civilizado pudiera suceder algo así; siempre hay equipos técnicos y todo tipo de especialistas... Recuperaba mi confianza al pensar en muchas personas frente a equipos automáticos, con focos y herramientas, buscando el error, la falla...

Pasaban los minutos y sólo el silencio. Allí estaba el *crunch* de nuevo, un salivoso beso, la aspereza de la lana. Me inquietó la ausencia de luciérnagas que pululan con linternas en ocasiones como éstas. Bueno, nunca se sabe cuándo puede ocurrir un apagón o una huelga. Lancé un llamado a la oscuridad: *¿Qué pasa?*. Nadie contestó. Nadie le contesta a un extraño, nadie se atreve a hablar con otro, mucho menos si ese otro es una anónima voz. Sería inútil insistir, nadie me conocía y eso es casi como estar muerto, Busqué

en el bolsillo de mi abrigo, una caja de fósforos. Quería ver, necesitaba saber qué ocurría. Levanté mi primera antorcha, vi los asientos a mi alrededor, vacíos; un rojo terciopelo brillante que en su mullida oquedad me hablaba de viejos fantasmas de otro tiempo. Quemé uno tras otro los palillos de fósforo, no logré ver mucho más. Me chamusqué los dedos y , por un instante, tuve miedo de convertirme en el involuntario causante de un incendio.

Dejé de escuchar el *crunch* , seguramente el glotón estaba ya harto de sus caramelos; la pareja ya no se reía y la fea había dejado de tejer. Sólo la oscuridad y yo: la ocelada noche.... Esos seres sentados en alguna parte me observaban...la obra que yo esperaba se desarrollaba en mis narices...

A tientas comencé a moverme en la sala, pasé las piernas por sobre las butacas; caí, una, dos veces. Sentí mi frente húmeda, me había golpeado con el filo de algo al caer, la sangre tibia mojaba mi cara. Me arrastré penosamente, sin saber a ciencia cierta hacia dónde, sólo sabía que debía llegar allí. En la sala infinita, sólo el resuello cansado de un hombre resonaba en el espacio.

Estiré mis manos hacia la negrura, hacia la profundidad y algo parecido a una cortina gruesa se abrió para mí, seguí hurgando a ciegas y trepé hasta lo que debía ser una tarima. Quedé allí, tirado, quieto y exhausto...sin entender. Resignado ya a una suerte de fatalidad, me incorporé trabajosamente, mientras los aplausos inundaban la sala y las luces del escenario quemaban mi rostro y mis pupilas.

Blanco y negro

El alma, cuando sueña, es teatro actores y auditorio

Addison, siglo XVIII

La tenue luz moría lentamente. Jorge me había invitado al estreno de la obra en que él actuaría. Había insistido en que se trataba de una obra sin color, como las viejas películas en blanco y negro. La luz blanca mostraba una mesa gris, paredes cuadriculadas y una indefinida alfombra cenicienta. Me parecía difícil que mi amigo Jorge fuese aquél que iba a aparecer en escena, de un momento a otro; siempre se hace impensable trasladar la intimidad a un escenario. Estaba allí con la inefable sensación de no estar del todo...con el desgano de un compromiso, un compromiso de amistad.

El estruendo de una batería me sacó de mis pensamientos, me arrancó bruscamente de esa dilación que va de la oscuridad al primer acto. La figura adelgazada contra el muro, contorneándose, los brazos estirados, ágiles las piernas; era otro, no podía ser mi amigo, no podía ser el personaje amable y coloquial que me había invitado...aunque la razón, claro, me indicaba lo contrario. La frenética silueta envuelta en un traje negro se movía, saltaba entre las sillas, sobre la mesa...su extraño rostro escondido tras una alba máscara que dejaba traslucir dos manchas oscuras. Había trabajado durante varios meses sin salir de su pieza, obsesionado por la idea de montar una representación tal que no necesitase de palabras, una representación monocromática que aboliera el color y que a través del *jazz* fuera desnudando un drama que permanecía en el secreto de su silencio. Siempre se detenía justo allí y cuando le preguntaba sobre el argumento miraba para otro lado y cambiaba de tema. Hasta la madrugada sentía el teclear monótono de mi vecino y mi amigo; a veces, le llevaba un sándwich, una lata de cerveza fría o un poco de azúcar para el café. Por el día, dormía, salía a comprar cigarrillos y daba una mirada desinteresada a los titulares de los diarios. Invariablemente, lo veía al mediodía, justo cuando yo debía regresar a la oficina. Parado sobre la silla se sacó la corbata y se quitó un sombrero blanco de ala ancha, a lo Bogart, luego la chaqueta. Siguiendo exactamente el ritmo de la música, pasó a sentarse y a extraer una botella y un vaso. Había que reconocer que era *una mise – en – scène* (como dicen los entendidos), muy bien lograda. Un ser muy lejano, un bulto con el rostro pintarrajeado estaba sentado

bebiendo mientras la música se tornaba más suave, casi triste me atrevería a decir. No había movimiento alguno, permanecía allí como una estatua. No sé por qué razón pensé en el cuarto, me refiero a que la imagen me llevó al verdadero Jorge Dessa; así debía tomar cerveza, hundido entre papeles, libros y diagramas. Era él desde que se había separado de Silvia.

Todo el mundo lo sabía, Silvia se había alejado de él por culpa del alcohol, por eso lo había dejado hace dos años y por eso ella vivía ahora con el Polaco; un director de apellido terminado en *insky* al que le decían el Polaco, aunque algunos le decían el *judío* porque su nombre era Abraham. Nunca le hablaba de eso, en realidad era porque tenía miedo de herirlo, miedo a parecerle impertinente... La única vez que se lo mencioné fue cuando armó un escándalo en el restorán de la esquina: el Polaco tuvo la mala ocurrencia de pasar a conversar con él, cuando recién había comenzado su relación con Silvia, tal vez por hacerse el *hombre de mundo, el gentleman...* al fin y al cabo estaban entre artistas, gente de teatro. Se equivocó medio a medio porque Jorge con un par de tragos en la cabeza hizo como que iba al baño y, en realidad, fue a buscar un enorme cuchillo a la cocina y amenazó al pobre y flacuchento Polaco que si no es por mí y por el Petiso, lo mata, se acrimina allí mismo.

La estatua se movió, ahora su cabeza está tirada sobre la mesa. La música ha entrado en una quietud que llama a relajarse en la mullida butaca de la sala. Cuando Silvia se enteró de lo que había ocurrido vino a verlo y no sé qué hablaron, lo único que ví es que Silvia lloraba cuando salió. Claro que eso fue hace dos años. La estatua ha caído al suelo, está tirada boca arriba como una barata. El público guarda un absoluto silencio, solamente la música anega toda la sala. Después, nunca más hablamos del tema. Hoy me enteraba que Silvia volvería a las tablas y lo haría, precisamente, con ésta, la obsesión de Jorge, de alguna manera la había convencido. De pronto irrumpieron tres muchachas desnudas que comenzaron a bailar alrededor de la estatua tirada en el piso, éste se revolcaba una y otra vez, reptando y emitiendo gemidos.

El hombre se pone de pie y tira lejos la botella, la vuelta la mesa y eleva sus manos al cielo, luego se cubre la cara, está llorando, algún inmenso dolor lo obliga a habitar este mundo sin color, un mundo en que el arco iris es una sosa fruslería en tonos grisáceos. Fue por la tarde, golpeó mi puerta y vi dibujarse la silueta cansada, pálida, de alguien que había terminado una gran tarea; allí me explicó muy escuetamente que había terminado su obra, que la iba a montar y que el estreno sería muy pronto...quizás en algunas semanas. No podía faltar, había asistido al tortuoso parto, a las largas semanas de encierro, a las interminables tazas de café y cigarrillos. Había visto desgastarse y envejecer a un hombre detrás de su tarea que se le imponía como una fatalidad; apenas conocía su título, un nombre insípido que no decía nada y que cualquiera

hubiese calificado de poco original, y que, empero, escondía una secreta dialéctica, un contraste entre la vida y la muerte, una puerta que yo deseaba abrir y que Jorge, sin duda, abriría por fin, de par en par para mí.

Abruptamente se hace la oscuridad. Toda luz desaparece y nos queda el negro absoluto. La música ha cesado. Por algunos segundos nos va ganando un ligero pavor, la simple idea aterradora de que se prolongue sin ton ni son esta situación incómoda; todos esperamos que de entre las tinieblas surja algo... Se ha sacado la camisa, se ha quitado los zapatos. Ahora es un gato en cuyo corazón late un grito, salta hacia el público y agazapado en una butaca vacía observa los rostros en la penumbra. Comienza a deslizarse entre las cabecitas, se oye el respirar agitado de un hombre sudoroso. No puedo creer que se trate del mismo ser solitario y taciturno, encorvado, que me visitó hace unas semanas, se acerca a mí y lo veo: su rostro húmedo detrás de la máscara blanca, sus ojos enrojecidos por el llanto no pueden esconder el drama que se desarrolla en él. Un oboe lo llama desde la escena, me mira y se vuelve lentamente hacia la luz, allá una mujer envuelta en muchos velos ha aparecido y se mueve maquinalmente, lo llama.

Cuando me enteré que Silvia actuaría, por primera vez desde la separación, junto a Jorge; me costó creer que se habían reconciliado. Nuevamente la joven pareja del teatro nacional estaba reunida, todos los críticos esperaban este reencuentro. Yo no los conocí como pareja, pero había leído en la prensa de sus muchos momentos felices; recuerdo una fotografía en que se están besando sentados frente a una mesa llena de platos y botellas. Volví a mí la imagen de aquella fotografía al ver la coordinación rítmica de los dos cuerpos jugando bajo la luz. El la toma por la cintura y la levanta livianamente; ella flota y gira sobre los muebles negros desparramados... So violines, es una sinfonía y la magia de un cuerpo que cae lentamente sobre un sillón aterciopelado que lo recibe con bonhomía... una luz muy débil nos anuncia el color, es un añil desteñido que tiñe las paredes y los cuerpos, que pinta los movimientos y la noche. Era como estar mirando de nuevo la vieja fotografía...daban ganas de alegrarse con ellos. No, ese no era Jorge, no el que yo había conocido. Vivaldi quizás, de nuevo el frenesí y el palpito inquietante, el hombre huye despavorido de la escena; la luz ahora es un azul definitivo y total. El se hunde entre los espectadores, lo veo a mi lado; llora como un niño, nuestras miradas se cruzan un instante; un encuentro en medio de la luz azul, un choque de olas en otro océano donde su destino y el mío apenas se rozan, lo suficiente como para adivinar su tristeza. Vuelve al escenario y de entre sus ropas saca un cuchillo, un refulgente cuchillo.

Usted

No sé cómo se enteró, ni siquiera debía estar aquí...pero vino. ¿Por qué vino? Ya la habíamos olvidado, su retrato ya no colgaba sobre el *buffet*, nadie la mencionaba. Teníamos el presentimiento, no lo niego, acaso el temor de que algún día apareciera. ¡Pero, nadie lo creía realmente! Hasta hoy... Mi madre nos habló de usted alguna vez; incluso guardo nebulosos recuerdos, como se guardan las imágenes brumosas de una infancia prehistórica. La que venía a casa con cosas exóticas, importadas del *puerto libre*...la que besaba a papá cuando mamá estaba ausente y siempre nos regalaba *candies*, no les decía caramelos sino *candies*...con sus labios muy rojos. Mamá limpiaba esa foto en que usted aparecía toda rubia, junto a la abuela. Usted reía siempre, alegre y hablando en voz alta... Supongo que mamá la miraba con una envidia mal disimulada desde la ventana que da a la terraza, cada vez que usted se reía ella se equivocaba en el punto de su tejido para el próximo bebé en casa. Cómo un arácnido, ella escuchaba y tejía en su rincón mientras usted contaba su último viaje al puerto. Luego la taza de té y los pastelillos. Y nosotros, como gnomos clandestinos debajo de la mesa, castigados por alguna sosa nimiedad... Quizás, estábamos castigados para no asistir a esa oculta y extraña pugna que se desarrollaba sobre el mantel, mientras papá regaba el jardín como si nada.

Nunca supe por qué razón mamá esperaba su partida para iniciar las discusiones que comenzaban en la cocina y, fatalmente, llegaban hasta la ducha del día siguiente. ¿Por qué esperaba su retirada?. Luego, los caramelos iban a la basura. Pero usted volvía, una y otra vez, y siempre la misma cantinela. Es natural que haya leído lo del deceso en la prensa, pero eso no la obligaba a venir; creo que después de aquella navidad ya ni siquiera le importaba mamá. El arbolito de alambres con lana de vidrio y colgajos de colores: y mamá inventando regalos de última hora...¿ qué nos traería la tía?. Y llegaba cargada de paquetes con cintas de colores desafiando nuestra infantil curiosidad...ese deseo de abrirlo todo, de saberlo todo. Más tarde, la cena y los invitados, todos con zapatos recién comprados en las tiendas del centro y luminosos regalos en las manos. Papá se divertía en grande, y mamá acarreando copas y canapés. Nos mandaron a dormir, lo recuerdo, la tía dormiría con nosotros... Por la noche, papá nos traía más juguetes, creyendo que dormíamos de veras, y hablaba bajito con la tía... Sería la última vez

que la vería, hasta hoy; porque esa noche mamá lloró mucho y usted se marchó para siempre. No me atrevo a saludarla, quizás usted ya ni me reconozca. Papá ni siquiera la saludó, pasó a su lado muy triste y ni siquiera giró la cabeza; aunque usted lo miró como solía hacerlo, con esos ojos que esperan... Nadie se acuerda de usted, excepto yo. Para todos, es una sombra opaca, esmirriada y canosa que se oculta tras un velo negro. Adivino sus labios y ese lunar en su sien, como un signo que atraviesa el tiempo y que abre las puertas de una lejana navidad para que se cuele el aire tibio y el olor perfumado de las flores. ¿Por qué regresó?. Supongo que nunca sabré las razones que la hicieron volver después de tantos años... ¿Será, acaso, que los nudos tejidos en aquellos tiempos, se hacen absolutos en el momento de la muerte?. Ahora veo a mamá, tejiendo en su sillón... Penélope, de canapés y medianoche, rostro acalorado y *rimmel* corrido por las lágrimas. Una invisible telaraña dibuja algo para alguien en alguna parte; un sutil tejido del que papá fue apenas la excusa...y hoy, usted, anónima y secreta, atando el último hilo de una madeja de lana celeste o rosada. Un sillón, unos caramelos y unos panecillos para la hora del té.

Perseguido por Piazzolla

Amaneció con aquella idea metida entre ceja y ceja; ni siquiera era una idea, apenas una sensación difícil de explicar... No había querido alarmar a nadie, no existía evidencia alguna que señalara su inminente fin... y sin embargo, había otra cosa, algo fuera de toda lógica o razón. No, no quería morir todavía; no estaba bien, pero algo le decía lo contrario, llenándole la cabeza de negros presagios. La última noche fue el silencio lo que le trajo ese presentimiento, era un silencio sólido y opaco, oscuridad y el tic tac monótono del reloj de cabecera que jugaba con su corazón. Se levantó y alcanzó el vaso de agua sobre la mesita de noche; fingió que iba al baño...caminó unos pasos, convenciéndose de que podía hacerlo, se miró al espejo como si fuese una primera vez. Sabía de ese síndrome que llaman *muerte súbita*, como en el *football*... morir de repente, sin causa...porque sí. No le aterraba la idea misma de su muerte sino el *porque sí*, como quien se rasca la cabeza, justo el pliegue sinuoso y absurdo por donde se cuelga la muerte... clausura absoluta, el *nunca más* y toda esa palabrería melosa de funerales.

Salió a la calle muy temprano. Besó a la mujer que dormitaba a su lado y apuró el último sorbo de café...cerró con fuerza la puerta, un ruido seco lo despidió. Se sintió diminuto, un hombre mínimo, casi una larva, recorriendo el camino bajo unos árboles añosos, inmensos. Siguiendo a las hormigas, a esa hora de la mañana, dobló a la derecha, a la izquierda, la plaza...y allí, precisamente en esa intersección, esperar el bus. Uno más, apretujado. La ciudad luce diferente a esa hora de la mañana: las calles húmedas, desiertas todavía, mientras los comerciantes callejeros se instalan para poner a la venta algo, cualquier cosa... las calles toman esos descoloridos tonos pastel, tamizados por el aire grisáceo y brumoso.

Ya en el centro, camina rápido, dejando pegado su reflejo en las vitrinas; otro como él se enreda entre maniquíes con ropas de temporada que guardan para siempre una mueca emparentada con una sonrisa en yeso y una peluca multicolor. De este lado, él camina y el viento desordena sus cabellos y arruga su ropa; él camina y en cada vitrina es un ser diferente. Al aproximarse a su oficina, enciende el primer cigarrillo del día con la culpa de una advertencia. Exhaló el humo perseguido por una melodía de Piazzolla y se olvidó de todo. La corbata, la chaqueta, los papeles bajo el brazo; ahora era un

velero que arremetía contra el viento furioso y las olas en el sube y baja de las corbatas. Tira la colilla en la calle y se acerca a una cueva rodeada de reptiles gigantescos de piel escamosa y verde oscura; entra esquivando antorchas y se acurruca en su rincón mirando hacia el *hall central*, donde alguien sacrifica a una virgen arrancándole el corazón, mientras otro corta quema incienso ante un altar de piedra...hasta el mediodía, hora inevitable de la *colación y recreo* para todos los animalitos del bosque. El hedor le trajo el recuerdo de la noche anterior, el olor penetrante de la carne chamuscada. Levantó la mirada y continuó timbrando papeles y almacenando números en el computador. Un bulto vecino lo invita a cenar después de la jornada, acepta, sabiendo que es apenas una excusa para tomar un trago. Un bullicio de bar, no lo deja hablar ni escuchar lo que le dicen; poco le importa, sabe que todo es inútil porque en algunas horas, en cuanto se oscurezca. La llovizna de otoño le hizo grato el deambular por la calles brillantes...era su último deseo.

Todo se ve distinto cuando se sabe que ha llegado la hora, el momento justo en que no estamos seguro si acaso lo hemos decidido o alguien ha decidido por nosotros. Todo se muestra en su diáfana y obscena dimensión; aquello que nos parecía nimio o banal cobra, de pronto, una importancia capital. Su madre, la leche tibia, y ese perro que nos dio el gran susto cuando niños. Esa noche lejana de besos y estrellas; de sueños y promesas. Las risotadas de los amigos y aquella lluvia que nos lavó el rostro... Ella esperaría como siempre, mantel puesto y comida caliente. Algunos chismes del día, alguna que otra noticia de la familia y el embarazo de su amiga que ya iba en el séptimo mes. Ella esperaría, pero para él, el destino sería otro...estaba condenado, se lo decían los grifos, los semáforos. Una pelirroja le guiña un ojo, esta vez, tenía otra cita, una cita para un hombre solo.

El parque en la oscuridad es abismo y seducción, caminos salpicados de charcos y hojas putrescentes, árboles negros estirándose al cielo y a lo lejos, las estatuas...seres quietos que observan desde su desnudez bronceada como se extinguen uno a uno los faroles tragados por la neblina. Uno que otro automóvil ronronea humo y luces rojas, más atrás una cascada de agua dibuja un puente de cristal. Un hombre sin color camina por el parque, un hombre perseguido por Piazzolla; un palúdico habitante...casi un difunto.

Su paso se hace duro, sus manos en los bolsillos y sus mejillas se tornan cada vez más frías a medida que avanza a su cita. Arriba las colmenas iluminadas lo aplastan y las luces de neón le consumen su última mirada, intentando seducirlo. Vuelve a enredarse por callejuelas a medialuz, algunos transeúntes apurados a esa hora; todos ebrios obligados a retirarse antes de tiempo... Esta solo en la altura. El viento y allá abajo las luces desparramadas como

diamantes en una mesa . Una, dos campanadas, la medianoche: queda estupefacto al borde de un balcón, esperando, su corazón late aún, todo se detiene. Abajo, el policía con su silbato y su impermeable; el vendedor del día cuenta sus monedas; la mujer de falda negra muestra su pierna...más allá, un ciego toca su flauta y un mendigo estira su mano. El humo ha quedado quieto, ahora es un torero o un gladiador. Una , dos campanadas. De nuevo Piazzolla y el regreso a casa sin saber qué decir cuando ella pregunte por qué tan tarde. Sacudió unas gotas de su cabeza, cerró bien la chaqueta y se perdió detrás de unos faroles amarillentos que se entumecían en medio del parque.-

El ascensor

Apretó el botón. Baja. La flecha verde luminoso parpadeó unos segundos. Esperó un par de minutos. La demora logró impacientarlo. Al fin las portezuelas de espejos se abrieron. Se introdujo en la caja metálica, hermética y alfombrada. Las puertas volvieron a besarse, mostrando su dorso azul. Las paredes de espejos le devolvían, como a narciso, su propia imagen. Un panel de botones con números. Un cubo bruñido y el vértigo que comienza a hacer cosquillas en el abdomen, rincón del deseo. Cuando la banda de numerales marcaba el tres, todo se detuvo. Las luces seguían brillando mientras el tres se eternizaba. Silencio en la hermética caja de metal. Alarma. Nada. Silencio. Sintió el calor de la canícula; se quitó el vestón y se aflojó el nudo de la corbata. Pasaron largos minutos que se hicieron horas. Apretó todos los botones que estaba ante su vista, nada.

Se quitó el *pullover* y quedó en mangas de camisa...encendió un cigarrillo, burlándose del aviso que advertía *No Fumar*. Todo el espacio se llenó de humo que apenas se filtraba por una rejilla en el cielo raso. Los espejos interiores multiplicaban hasta el infinito la imagen de un hombre atrapado, fumando. Pensó un instante en su familia; sin duda, a esa hora debían estar investigando en todos los hospitales, en los cuarteles de carabineros. No sería extraño que, en esos mismos instantes, los bomberos hicieran esfuerzos para rescatarlo, quizás hasta la misma televisión debía transmitir *en vivo* el suceso; todo eso pasaba allí, a pocos metros... eso lo tranquilizó un momento.

Estaba atascado entre el piso tercero y el cuarto; lo que equivalía a decir ni en el tercero ni en el cuarto; en ninguna parte... a medio camino entre un arriba y un abajo. Intentó abrir la portezuela con la hebilla del cinturón, fue inútil. Pateaba el piso, pero la alfombra ahogaba el sonido entre las cuatro paredes. Miró su reloj, marcaba ya su segundo día a bordo, aunque su mundo no conocía días ni noches. Recordó aquella tarde distante cuando su mano infantil quedó presa en una cañería; entonces su madre con la ayuda de un gáster lograron la hazaña de liberarlo en menos de una hora...después, fue leche y pastel de fresa. Súbitamente, sintió el hambre que habían ocultado la angustia y el humo de su cigarrillo. Cómo extrañaba ese restaurante donde Teresa le servía el *filete executive*...casi crudo. Los negocios debían estar un desastre, ahora sin él; todo marchaba mal si él no estaba... El sólo pensar que él

podiese faltar para siempre lo sobresaltó... apartó de su cabeza tan negros pensamientos, esperando que *algo* lo salvara, *algo* que no atinaba siquiera a imaginar. ¿Y si no fuese así?. ¿Si ese ascensor estaba descompuesto desde siempre?. ¿Si a nadie le importase la cuestión de un ascensor que no funciona?. Pensándolo bien, cuando apretó el botón creyó ver un cartelito que decía algo a lo que no le dio importancia, algo que creyó ajeno a él...ahora, pagaría las consecuencias. ¿Y si nadie lo salvase?.

El hambre se acrecentaba, el sudor y sus desechos habían convertido su hogar en una cloaca...los espejos le devolvían ahora la imagen de un hombre sucio, solitario y cansado. A ratos dormía, había perdido la cuenta de los días... como si todo el universo se hubiese detenido en ese pedazo de la ciudad suspendido en el vacío. Atrapado como un animalejo. Detenido allí, sin que el hambre lo aniquilase por inanición, sino justo para sentir la falta de alimento. Su rostro mostraba ya una barba oscura, su mirada había tratado de contar el número de reflejos multiplicados, como en un laberinto. No podía ser un secuestro, pues sus captores se hubiesen ocupado, por lo menos, de asegurarle el alimento y el agua... Respiraba, aún vivía. Trataba de escuchar pegando su oreja a las paredes, a ver si alguna señal de más allá le podía infundir esperanzas. A veces, le pareció oír voces o risas, luego el silencio. El aire se renovaba por la rejilla, pero volvía a entrar el olor a estiércol y a sudor... Durante años, siempre igual, siempre lo mismo... hastiado de su propia imagen que envejecía. Un día, ya viejo y encorvado, la puerta se abrió en el cuarto piso. El ascensor se llenó de gente que subía y bajaba cada cinco minutos; todos aprovechaban para mirarse al espejo, arreglar el peinado o la corbata...él seguía allí, arrinconado, tullido, sin poder moverse... Ya el espejo no le devolvía imagen alguna. Quizás, ya no valía la pena moverse, acaso, era demasiado tarde.

Buenos días, señor K

K, usaremos este apelativo porque era, sin lugar a dudas, el que prefería, el que mejor se acomodaba a su espíritu, quizás porque, finalmente, *Señor K* resultaba demasiado solemne para su estilo. Tipo distraído, algo avejentado para sus cuarenta y tantos, con el infaltable legajo de papeles bajo el brazo. Nada nos haría reparar en él, salvo tal vez su mirada ratonil o sus zapatos negros, exageradamente puntudos y lustrosos. Solterón, de la raza de los tímidos y, por lo mismo, apegado a todo tipo de reglas y formalidades. Era el único que presentaba los documentos de su oficina caligrafiados cuando se trataba de algo importante y el único que usaba corbata negra cada primero de noviembre. Todo parecía haber conspirado en este sujeto para hacerlo así, casi insignificante; inevitablemente inspiraba una mezcla de lástima y desdén en quienes le rodeaban.

Vivía en una pensión próxima a su empleo en el Ministerio, Sección Personal, Oficina de Partes. Allí, el funcionario K estaba pegado a su escritorio siete horas seguidas, jugando con cifras en una planilla infinita, en la pantalla de su computador; sólo interrumpía sus labores para beber una taza de leche fría y un sándwich al mediodía. Llena formas, redacta cartas tipo, contesta algún oficio interno y, por supuesto, llena planillas para alguien. Cada tarde sale a las seis en punto, toma su abrigo gris y compra el periódico; camina unas cuadras mirando las vitrinas, sin atreverse siquiera a preguntar precios. Camina, dejándose arrastrar por el ajetreo de los transeúntes que a esa hora inundan las calles. Saluda a la dueña de casa y ésta, invariablemente, le inclina la cabeza de mala gana; abre la puerta de su pequeño departamento y escucha algo de música mientras sorbe un té y hojea el diario de la tarde. Por último, se queda dormido con las pantuflas puestas, tratando de recordar un río asiático que comience con *m* y termine en *-kong*. Al otro día lo mismo: saludos de cortesía a todo el personal de su sección, y siete horas y sándwich y té y música, a ver si sale ese monte himalayo con *s...* Los fines de semana visitaba a sus tías, un par de ancianas muy dulces que le regalaban galletitas *Bagley* y le tejían calcetines y bufandas, todas grises o marengo. Nada hubiese dado motivos para fijarnos en la vida opaca de este funcionario de no mediar un hecho inusitado y extraordinario; un hecho que comenzó una mañana como las otras, como todos los días del Señor K.

El cielo estaba extremadamente negro esa mañana, había llovido toda la noche y K no había dormido bien, tal vez los gases y flatulencias que inflaban sus intestinos; quizás su colon irritable que había decidido protestar. Pensó en esas galletas del día anterior...pues aunque estaban en un tarro sellado, tenían un sabor rancio de cosa descompuesta. A su edad ya se había acostumbrado a las pequeñas grandes molestias de la vida cotidiana: que la muela, que los bronquios, que esto hace mal y esto otro trae tifus y, ahora, la colitis...No exageremos, no podríamos diagnosticar seriamente una colitis...todavía estamos en los cólicos intestinales. Bueno, en rigor y apegados a la verdad científica, debíamos conformarnos con una descripción más somera: K amaneció con dolores en el abdomen, eso es todo. Como se trata de un estoico funcionario y sabe muy bien los límites de su carrera funcionaria, decide ir al trabajo y dejar para extrema urgencia el recurso, siempre a la mano, de *permiso por enfermedad*. *Buenos días, Señor K*, fue el saludo obligado del portero, el ascensorista, la secretaria y dos colegas del departamento contiguo. K se movía apenas, tratando de esbozar algo parecido a una sonrisa que, a la postre, resultaba una mueca enigmática que no alcanzaba a esconder esa puntada en el abdomen que parecía aumentar a cada paso, como un cuchillo que se abría hacia lo más profundo, desgarrando sus entrañas. Por fin, llegó a su escritorio, jamás le había parecido un rincón tan acogedor...y útil. Se tiró sobre la silla e intentó relajarse, pidió un café y cerró los ojos. Transcurrió un largo minuto en que el dolor parecía alejarse por momentos para volver con renovada fuerza, como perro rabioso dispuesto a triturar cada centímetro de su abdomen.

- *Buenos días señor K, ¿le pasa algo?*
- *No, nada, ¿por qué?*
- *Lo noto pálido y algo desmejorado, ¿le traigo una aspirina?* – K ya había percibido ese aire de telenovela que tenía su secretaria, siempre cumpliendo los ritos de la *buena secretaria*. Incluso sabía que ella lo admiraba secretamente, cuestión que lo llenaba de espanto, pues la audacia de esta cenicienta iba en aumento.
- *No gracias, es que no pasé una buena noche y...* – Ella tiró violentamente los papeles sobre el escritorio y se alejó silenciosa, cerrando con fuerza la puerta. Una nueva puñalada le quema el vientre.

Hacia el mediodía, los dolores se habían vuelto insoportables. Dos veces había intentado evacuar en el retrete durante la mañana, sin ningún éxito. Un estremecimiento interior lo había obligado a ponerse de pie y caminar un poco; cuanto mayor era su esfuerzo, tanto mayor era el dolor. Caminó discretamente por el pasillo con unos papeles en la mano, fingiendo que iba a alguna parte, que hacía algo. Volvió a su escritorio, sintiendo cómo su esfínter anal se tensaba en un desesperado intento por detener la avalancha que se anunciaba irresistible y secreta en su abdomen abultado. Parece que fue un asunto psicológico porque durante la

hora de colación, K se vio sólo en la oficina y se precipitó la crisis. Cuando trató de ponerse de pie, sencillamente no pudo hacerlo. Los espasmos eran tan fuertes que lo obligaban a permanecer inmóvil. Allí estaba K convertido en una estatua a punto de estallar sin la más mínima posibilidad de movimiento, con sus ojillos desorbitados...expectantes. Sintió como su agujero posterior fue aflojando poco a poco, primero fue una ligera humedad, luego un largo bostezo mientras algo se deslizaba tortuosamente...algo duro de proporciones inusuales...apretó los dientes y pestañó nerviosamente. Hizo un postrero y débil esfuerzo para terminar con su tortura, luego, un leve ardor y todo había terminado. Esperó algunos segundos; los dolores habían cesado por completo, lanzó un suspiro, estático... Estaba sentado sobre una esfera sólida y maciza, metida entre su piel y el calzoncillo... Se incorporó lentamente; se sacó la chaqueta y muy sigilosamente se quitó los suspensores; enseguida se bajó los pantalones dejando al descubierto sus albos calzoncillos. Palpó esa pelota dura que colgaba justo debajo de su escroto... No podía dar crédito a sus ojos cuando vio entre sus piernas un calcáreo y jaspeado huevo rosáceo, del tamaño de un huevo de avestruz. K, el sobrio y serio K, había puesto un huevito.

Estaba perplejo, sumido en sentimientos encontrados; no sabía si avergonzarse de ésta, una desgracia más que añadir a su vida o alegrarse por haber dado a luz. Quería salvar su honra y por un instante fugaz, pensó en la posibilidad de deshacerse del huevo. En un momento de locura, tomó una estatuilla de bronce que le habían regalado cuando cumplió los cuarenta y golpeó con fuerza la cáscara rosada con pintas verdosas, pero no funcionó. Ya más calmado, decidió llevar el huevo a su casa, así, lo envolvió con papeles de diario y se marchó alegando una indisposición nerviosa.

Lo había logrado, estaba en su cuarto con el cuerpo oviforme, sin haber despertado sospecha alguna. Dejó su engendro sobre un plato; más tarde, por considerarlo demasiado prosaico, lo depositó sobre un cojín aterciopelado. No se cansaba de observar la esfera ovoidal de color rosado y pintas parduscas. De ese sentimiento de rechazo y vergüenza inicial, pasaba poco a poco a la curiosidad y luego a la aceptación. La extrañeza y el temor del primer momento cedía ante un cariño que iba naciendo en él. ¿Qué haría con él?. ¿Cómo cuidarlo adecuadamente?. Nada es igual al cuidado de una verdadera madre, había sentenciado una vez una de sus tías. Mentalmente, recorrió su escasa cultura de gallinero que había adquirido en su niñez, durante los veranos en el campo. Concluyó que lo más adecuado y moderno sería una incubadora improvisada, de esas que enseñan en los colegios. Una caja, una ampolleta, un platillo con agua y un termómetro a la vista, para garantizar los treinta y tantos grados. Por razones de urgencia, la primera noche decidió empollarlo él mismo... *La sangre tira*, había oído en sus caminatas por el campo...ya sea por eso o por su propia emoción, lo cierto es que K, con el tiempo, se había encariñado con su huevo, hasta el

punto de encontrar en el color y las manchas...algo de distinción y buen tono.

Cuando se ha puesto un huevo ya nada vuelve a ser lo mismo.

Nunca se había sentido más feliz en su vida que cuando el primer crujido dibujó la primera trizadura, anunciando la hora de una promesa... K, sentía despedazarse el cascarón entre sus manos, presintiendo oscuramente que, ahora sí, tendría algo porque vivir.

Make Up

Se miró fijamente al espejo. Hoy era el día. Una cruz en el calendario, secreta señal para dos. Dos años que se conocían y, precisamente hoy, esa mancha señalaba el día aniversario...hierático signo de una complicidad de amor. Recién se levantaba, su rostro pálido, algo desteñido con las cejas sin dibujar. Encendió un cigarrillo muy largo y exhaló alguna pesadilla que aún no estaba convenientemente olvidada.

Dos años en una *boite* de nombre francés, un obscuro rincón nocturno. Dos años del día en que una sombra se acercó a su mesa, un par de tragos y una conversación banal. La tela limpiadora iba dejando al descubierto la cara y esos ojos llorosos, algo de *rouge*, un par de lunares pintados y la difícil operación de cada mañana, fijar las negras pestañas. Hoy todo fue más fácil, había algo en la gris rutina que sabía diferente, la alegría de saber que en una hora más llegaría alguien, que ese alguien compartía también la cruz del calendario dibujada con lápiz azul. *¿Qué vestido es el apropiado para un día otoñal?* Otro cigarrillo y la consabida píldora para controlar el hambre y los nervios, un vaso de agua límpida y transparente. Su rostro estaba ya completo, no faltaba nada...era como dibujarse cada mañana, alejándose de aquellas malditas pesadillas que llegaban cada noche sin invitación; inventarse cada día, tras los whiskies y las notas de un viejo piano, una noche cualquiera.

Mientras escogía sus prendas para ese día, rememoró la primera vez que su corazón latió un poquito más de prisa; aquella noche azulada en que adivinó la aquiescencia en la otra mirada y supo que eran palomas al vuelo y llamas...furtivo mundo que llamamos felicidad. Sintió miedo, miedo a que un mal día todo acabara, no más cruces en el calendario y...su vida comenzaría la misma noche en que acababa, en una sórdida mesa de bar de mala muerte.

Salían muy poco, detestaban las ventanas, pues cual miles de ojos escrutadores se sabían observados desde el otro lado de los cristales, el otro mundo. Por eso, pasarían el día juntos, muy juntos y a solas en su departamento; *champagne*, comida y alguna tarjeta de los amigos. Tal vez, por la noche saldrían a bailar y regresarían muy

tarde, embriagados de noche y estrellas...eso, y cientos de besos jurados de miraditas.

Un escote abismal encerraba un disco de oro, era el compromiso mutuamente contraído; verdadero sol que iluminaba su soledad, fría soledad de luces de neón y risitas falsas, manotazos y groserías que se transformaban en lágrimas en el camarín y que llevaba consigo al piso catorce, mundo suspendido entre torres de una ciudad diferente.

Escobilló sus cabellos y agregó una trenza...una última mirada al espejo y de reojo, un nervioso vistazo al reloj. La mesa dispuesta, todo a punto para comenzar un día; desodorante ambiental, un disco muy romántico y alguien que no llega. Estiró su cuello por la ventana, abajo un auto se estaciona. La híbrida sensación de alegría y vértigo le anega el pecho...el disco gira... La sombra desciende del coche y estará frente a su puerta en algunos instantes. Regresó a su cubículo, a su mundo construido desde siempre, su extraño mundo de lágrimas y cremas faciales.

Volvió su vista y allí, como un latigazo, el espejo le devolvió su cuerpo entero. Por vez primera descubría, con estupor, cosas que nunca antes había querido ver...sus pesadillas, pies desproporcionadamente grandes, piernas delgadas, quizás demasiado musculadas, su rostro pintarrajeado...acaso muy poco femenino finalmente. Unas lágrimas de última hora estropean su maquillaje. El timbre. Un insistente *din – don*, el día, la hora, la cruz en el calendario... el tiempo que se precipita como una catarata. Abrir la puerta o dejarse arrastrar por el viento y la luz de la luna que se cuela celeste y dibuja manos seductoras que invitan a saltar a las nubes, acabar al fin con las noches pueriles y vulgares, llenas de veneno para un hombre algo diferente.

Abrió la puerta, una figura con una tímida sonrisa en los labios murmura algo de *Feliz aniversario*. Trató de sonreír y decir *gracias*. Dudó un instante, luego lo abrazó. Aquí, en el piso catorce de cualquier parte no había miradas ni palabras procaces para este amor entre una sombra que vestía como hombre y otra sombra que soñaba ser princesa.

